

EL PLATA.

PERIODICO FORENSE Y LITERARIO.

Redactores.

DR. D. JOSE P. RAMIREZ.—DR. D. LUIS E. OTERO.—DR. D. MARIANO FERREIRA.—DR. D. JOSE E. ELLAURI.
DR. D. CARLOS CASTRO Y D. ANGEL COSTA.

Condiciones de esta publicación.

Este periódico saldrá á luz todos los Domingos siendo su precio UN PATACON mensual que se abonará al recibo de la 2ª entrega.

La Redacción se reserva el derecho de censura respecto de los artículos que se le remitan para darles publicidad.

Puntos de suscripción.

EN ESTA IMPRENTA, CALLE DEL 1º DE MAYO Nº 35.—EN LA LIBRERIA DE D. PEDRO LASTARRIA Y EN LA DE D. JAIMÉ HERNANDEZ.

EL PLATA

ANÁLISIS DE

LEIDO EN LA CLASE DE ECONOMIA POLITICA

POR EL ALUMNO

Bachiller D. Eduardo Brito del Pino.

De la conquista y de la esclavitud

Consideradas como medio de asociación internacional.

Sentado y probado ya que el fraccionamiento de la humanidad en grupos más ó menos numerosos que forman individuos independientes en la sociedad universal, tiene su fundamento en causas permanentes que solo la violencia puede momentáneamente superar,—como lo atestiguan las unificaciones transitivas y parciales de la historia,—y admitido en consecuencia que hay motivo para un estudio de Economía Internacional, examinemos los modos diferentes por los cuales se asocian entre sí los pueblos, y qué resultados producen en relación con el bien general de la humanidad.

Entre los pueblos, como entre los individuos, hay dos medios distintos de aproximación: violenta y convencional; violentamente y en provecho esclusivo de uno solo, por medio de la conquista y de la esclavitud; convencionalmente y en beneficio recíproco de los asociados, por los tratados, alianzas, ligas, ferias y demás pactos amistosos.

Consideraré el primer modo, que es también el primero según la naturaleza y según la historia.

Antes de los tiempos de civilización que alcanzamos, los hombres deben haberse asociado unos á otros de una manera digna de su estado de barbarie. No es propio del hombre de la naturaleza, robusto y vigoroso, el tratar de igual á igual con su semejante débil á quien puede con facilidad someter, y á cuya dominación le

empujan su instinto, su orgullo y sobre todo su interés inmediato. Nada había entonces que pudiera oponerse. La igualdad ante la ley y ante Dios que hoy se proclama, y que marcha á enseñorearse de todas las relaciones entre hombres y pueblos, no podía, cuando Dios era un misterio y la ley una voluntad poderosa, luchar con fruto contra la desigualdad patente de la naturaleza. El fuerte confundió su poder con el derecho que le faltaba, y el débil dobló la rodilla ante su semejante, creyendo haber perdido los derechos inalienables de su espíritu con la debilitación de las fuerzas de su cuerpo; y la esclavitud se estableció así de hombre á hombre por la violencia y se perpetuó por la costumbre, que es la ley de los tiempos en que no hay otra ó en que se desconocen y se desprecian todas.

Así entre los pueblos. Lo que la naturaleza humana nos autoriza á suponer respecto de la asociación primitiva de los hombres, la historia lo demuestra á todas luces en cuanto á la asociación entre pueblo y pueblo.

Entre todas las naciones de la antigüedad hay un modo constante de asociación. Las personalidades nacionales nunca se reconocieron iguales en derecho sino cuando lo fueron en poder; y de aquí, la superioridad de los ejércitos ó la suerte ó el capricho de las armas daba siempre mayor derecho y mas ventajas en las asociaciones á los vencedores, y eran estos los que redactaban á su arbitrio las condiciones de la alianza.

Así, Roma se llamaba aliada y amiga de todos los pueblos á quienes alcanzaba á subyugar su poder, y les dictaba la ley al día siguiente de haber ahogado en su sangre las apelaciones que hubieran hecho con las armas en la mano ante la única justicia entonces para los crimenes políticos: ante el Dios de las batallas.— Aquellos pueblos no eran sin embargo ni aliados ni amigos verdaderos de Roma: se sometían á la omnipotencia de su brazo, y se resignaban hasta mejor ocasión.

La violencia no hace amigos, sino esclavos; y el esclavo no tiene aliados sino en sus compañeros de desgracia y de venganza.

Espartaco es el modelo de los aliados de Roma. Si ella no esclavizaba todas las poblaciones sometidas por la conquista, no por eso dejaba de arrebatarles sus mas robustos y esforzados hijos para debilitarlos en la esclavitud y apagar con la humillación perpetua el recuerdo de la Patria; para que sirviesen en la capital y llenasen todas las necesidades que pudieran distraer á sus ciudadanos del ejercicio de las armas, empleándolos en la agricultura, en las artes y en las ciencias, pero sin provecho propio, así como en los usos mas degradantes de la servidumbre doméstica, y hasta para las brutalidades de los combates del circo en que se despedazaban para complacer á sus aliados.

Los griegos se asociaron también por la conquista á otros pueblos, y aprovecharon en su esclusiva ventaja por medio de la esclavitud las fuerzas de producción

propias del pueblo vencido. En la misma tierra en que Atenienses y Espartanos se engrandecían para el presente y se inmortalizaban para el porvenir bajo el saludable influjo de sus libertades, allí, frente á frente de aquellos pueblos orgullosos de regirse por las leyes de Solón y de Licurgo, vivía, si eso es vida, un pueblo humillado de no tener mas ley que la del latigo de sus amos, un pueblo que se envilecía y se anonadaba cada día en la esclavitud mas afrentosa y mas cruel. Los lotos, esclavos de una raza conquistadora en su propia tierra, habían sido un pueblo independiente antes de ser asociados por la violencia de la conquista, y de gastar sus fuerzas y sus vidas en el trabajo infame y maldito de la esclavitud para alimentar y enriquecer al pueblo dominador.

Así tambien los que fueron dominadores de América se asociaron á los dueños naturales del nuevo mundo por medio de la conquista mas exterminadora de que hace mención la historia. Los hijos de la inculta, pero libre América, á quienes Dios había hecho dueños de sus tesoros, murieron durante prolongados años cavando la tierra para arrancar oro y plata con que llenar las arcas de sus dominadores; extrayendo á costa de sus vidas el hierro y el bronce de las entrañas de su propia tierra, para que sus implacables Señores tuvieran cañones con que dejar tendidos en los campos de batalla á los que fuesen bastante osados para iniciar la lucha de la libertad.

Aquí, la esclavitud no se proclama ni se legaliza, pero se practica. El resultado es el mismo: se trabajaba para la España. Se sabe bien que Pizarro y Hernán Cortés no vinieron al Nuevo Mundo á contraer alianzas con los hijos de los Incas ó con los pueblos meztizos, sino á conquistarlos; que no vinieron á civilizarlos, sino á robarlos y á oprimirlos; y que si alguna vez contrataron fué solo para oprimírselos ó esterminarlos mejor.

Tampoco pudo hacer nunca otra cosa una turba de aventureros, valientes y audaces, si, pero cegados por la mas desenfrenada codicia ó embrutecidos por el fanatismo y el celo infernal de los verdugos del santo oficio; saquear los pueblos por el derecho de la victoria, y oprimirlos ó esterminarlos por el delito de adorar á Dios bajo otro símbolo que la Cruz, cuando el primer mérito de la cruz es haber sostenido en sus brazos á un mártir de la libertad!

Tal es la historia, y es de ese modo que se hizo la asociación de la España con los pueblos indígenas de América. Si fué útil para los americanos, diganlo los hechos. La mayor parte de los naturales no se civilizó; murió. Solo los conquistadores ó sus descendientes han disfrutado los beneficios de la civilización.

La estadística prueba á no dudar, que en todas esas asociaciones violentas había efectivamente la superposición de un pueblo á otro, la alianza tiránica siempre del fuerte y el débil, la asociación verdadera de dos pueblos, pero un provecho esclusivo de uno solo.

El precio á que se vendían los esclavos en Grecia y Roma prueba bien la importancia de sus servicios, y que ellos eran real y positivamente el pueblo agricultor é industrial, de cuyo trabajo necesitaban para alimentarse y ser opulentos sus señores.

Esto ha hecho la política: vemos si la religion ha sido bastante á revindicar la humanidad.

Parece que despues de la generalización de las tiernas y consoladoras doctrinas de la moral evangélica, cuando el espíritu de caridad encendía el amor reciproco entre los hombres todos, separados antes por divisiones imaginarias, y preparaba la fraternidad universal dulcificando las costumbres, los hombres hubieran debido compadecerse de si mismos respetándose en sus seme-

antes esclavos, privados por tanto tiempo hasta de los derechos de la naturaleza, y esclusidos de toda participacion en los beneficios de la vida de la libertad; parece natural esperar de la Iglesia y del Papado, cuya autoridad hallegado á ser casi omnipotente en la edad media, una consagracion decidida y constante en favor de la humanidad, á lo menos moralmente para que se salvase el principio desconocido en la práctica.

Y sin embargo, está en la conciencia de todos los hombres que han abierto alguna vez la historia de aquellos tiempos que se recuerdan con vergüenza y tristeza, que en vez de levantarse altares á la libertad y de emplear los rayos del poder espiritual contra los opresores de la humanidad, solo se han levantado y encendido hogueras para los pensadores liberales, y que los rayos del Vaticano solo han herido ó querido herir á los que de alguna manera eran contrarios ó habían ofendido al poder temporal de los Papas.

La esclavitud se ha mantenido de hecho siglos tras siglos sin ser condenada siquiera en principio por la Iglesia. Si exceptuamos alguna débil manifestacion, como la Bula de Alejandro 3º, en que solamente se aconseja la abolicion de la esclavitud, cuando cien y cien moralistas, antes y despues de él, y sin hablar á nombre de ninguna religion, sino en nombre de la razon y de la humanidad, habían tenido como tienen hoy el coraje de maldecirla y de infamarla, haciendole una guerra á muerte por medio de una demostracion constante de la monstruosidad de su existencia; y si bien es cierto, repito, que el cri tianismo y muchos de los grandes hombres propagadores de su moral han contribuido á la estincion de la esclavitud preparando los espíritus y haciendo á los hombres compasivos por los infortunios ajenos,— que es un medio poderoso de provocar la reaccion contra el supremo infortunio de la esclavitud,— tambien es cierto que una gran parte de la humanidad ha gemido esclava de espíritu y de cuerpo bajo la influencia inmediata y durante el mas soberbio poder del catolicismo, sin que tal espectáculo le arrancase la condenacion merecida, y que la libertad práctica y verdadera no ha llegado á lucir para algunos pueblos afortunados sino con la debilitacion de su influencia y á la luz de la moderna filosofia.

El hombre negro ha sido igualado á la *cosa*; su comercio, considerado legitimo, ha sido usufructuado por una compania privilegiada, como si se tratase de mercaderias africanas; ha habido un código para este comercio ¿Donde está la protesta solemne de la Iglesia contra esta escandalosa violacion de todos los principios?

Parece que, como una honrosa inconsecuencia que patenzia bien su progreso actual, y como para lavar su propia culpa, la misma nacion que obtuvo aquel triste privilegio para comerciar con la vida y la libertad de los hombres gasta hoy millones de pesos por impedir el tráfico infame.

Diriase tambien que Dios quisiera premiar hoy los esfuerzos de aquel pueblo generoso, enviándole como á ningun otro la bendicion de la libertad.

En la aproximacion que acabamos de ver de las razas blanca y negra, en que la ultima atraviesa el oceano cargada de cadenas para venir á trabajar un suelo de cuyos productos no ha de gozar, está bien patente el caracter de violencia que lleva consigo la asociacion.

No toca al economista sino constatar que hay efectivamente en la historia la asociacion de pueblo á pueblo por medio de la violencia, conquistandose y esclavizandose unos á otros, y averiguar si este medio de asociacion es útil ó no para la felicidad y el bienestar positivo de los pueblos.

La esclavitud consentida y legalizada puede ser una

humillacion y una vergüenza para todos los hombres libres que no se respetan en la dignidad de sus semejantes: puede ser un ultraje á Dios y una burla de sus designios al hacer libres á todos; ella existe sin embargo, y empaña la corona de una monarca liberal, y es un borron en la República mas democrática del mundo; y solo el interes de los opresores ó la explosion de los oprímidos cuando rebosa el cáliz, pueden conducir á la libertad.

Desgraciadamente la rebelion de los esclavos es siempre impotente, y no hace nunca otra cosa que dar motivo á nuevos rigores; y el hombre no dejará de ser esclavo de si mismo hasta el dia en que la Economía Política convenga á todos los déspotas políticos ó domesticos, que lo que manda imperiosamente la razon y el respeto á la humanidad y á Dios, lo prescriben tambien sus intereses positivos; que nunca haran los pueblos esclavizados las maravillas en las ciencias y en las artes que realizan los hombres libres de ambos lados de la Mancha, porque las manos de un hombre libre fecundan cuanto tocan y Dios bendice el fruto de su trabajo; que el obrero necesita de la meditacion para progresar y para perfeccionarse en el arte, y que el esclavo no sirve para las artes, porque no sabe meditar sino en romper sus cadenas.

Males Sociales.

El mayor y mas radical de los males Sociales, es la prosa con que se ama en el dia; su inmediata y enorme resultado son los pocos casamientos que se celebran.

¿Pero donde tiene su razon esto? . . . ¿Que es lo que lo explica? . . . Todo y nada.

Nada si queremos tomar por causa general, una causa aislada.—Todo, si echamos una mirada por encima de la sociedad en que vivimos y sino vemos en su modo ser mas que la razon de la que buscamos.

Pasó la edad media, la edad de oro del amor, en que el caballero peleaba por su amada, y solo de ella recibia leyes—

Pasó la edad feliz para la mujer en que esta ocupaba el trono de los torneos, y el sitial de los premios que coronaban al guerrero.—

En aquella edad, si, vióse en cada paraje humana la realidad de la poesia antigua— á Venus y á Marte unidos por el corazón. El amor encendia el alma del guerrero, templandola con que aquella bravura que imprime la esperanza, y el guerrero deponia sus trofeos á los pies de su amada, para recibir el ambiente de un suspiro.

En aquella edad la belleza y la ternura de una mujer era el foco único de donde emanaba la inspiracion del hombre; y el valor de este y su bizarría eran tambien los únicos brazos q' se apoderaban del corazón de la mujer.

Desapareció aquella sencillez del alma revestida de grandeza, y vino el siglo del positivismo, en que el alma y el corazón van á esplayarse en una esfera nueva.

La mujer no ha decaído en verdad; al contrario se ha elevado; pero al elevarse parece que respira en otra atmosfera donde no se ama tanto.—

Antes quizá, solo pensó la mujer en el amor—su alma iba fundida en el alma de su amado.—Había obstaculos, ella los rompía,—y su amor pasaba por encima de ellos puro, energético y radiante.

Hoy han disminuido los obstaculos, pero tambien ha desaparecido esa energía fecunda que caracterizaba el amor de la mujer mas tímida.

Hoy no se ven heroínas en el campo del amor, en cambio se divisan diestras políticas.

Hoy ha sido menester que el fuego de la pasion antigua se trueque en un fuego fatuo, algo de algo que existió vivo.

La libertad, de que hoy aparente gozar la muger, no es la libertad, que algun dia será la inmortal soberana del mundo de amor.

Es cierto que no, hay conventos ni reclusiones; hoy la mujer sale, pasea, casi es libre; pero no, engañó finésto; esta libertad q' no tiene su base en una moral sólida, no es libertad—al menor vaiven se hunde—muy facilmente se borra.

Cuando todas las mugeres y toda la humanidad en fin, esté penetrada hondamente de cual es tu mision sobre la tierra, entonces será libre.

Hoy muy pocas mugeres, se persuaden de que han sido creadas para ser madres—

Y muy pocos hombres creen que viven para ser padres. Pero cuando todos nuestros corazones se inclinen hacia este gran polo de la vida, no necesitaremos sino de nosotros mismos, de la brújula de nuestro corazón, para conocer el rumbo que debemos seguir en el mar de la existencia.

Cuando la sociedad entera, sepa que el amor, es la única y la eterna ley de su ser, entonces henchida el alma de libertad, daremos expansion al cuerpo para que cumpla esta ley divina.

Las heroínas del amor, son las flores de esa libertad comprimida—he dicho que quizá no se ven hoy, pero tampoco hemos llegado á la verdadera libertad.

Antes la mujer tenía cadenas y las rompía; hoy tiene el narcotico de la moda,—se embriaga en ella y no se despierta.

Tambien la libertad que rompió las cadenas, será el antidoto que despierte á la mujer este sueño sin gloria—

El amor y la libertad, se unirán algun dia—

El mundo ante su ley constituyente, ha tenido que cruzar mil perances, todavia tiene que cruzar otros mil; así tambien los ha tenido que subordar en la ciencia.

Pero algun dia vivirá y será feliz.

Hoy nace la mujer y antes de haberse desarrollado ya se la ha iniciado en la moda.

Gusta de ella, y hace de la moda su ídolo, á punto de no sentir con libertad, sino que siente esclavizada por la moda.

¿Pero que moda! . . .

Las formas que hoy decoran la moda son las que precisamente se alejan mas de la figura humana, que debiera ser el mas perfecto modelo de toda moda.

Siquiera la moda antigua, la de los primeros tiempos, no era tan perjudicial al mundo como la moda moderna.

Cada dia esta se ha ido compliendo, y como es moda, la muger desde niña, empieza á gustar de esta moda complicada, á gozarse en sus afectaciones y á proclamar bella la forma que mas lejos está de la figura humana.

Sumerjada desde niña en una media esfera, á que llaman crinolina ó mirinaque, va mas allá, exajera esta moda y solo se reputa elegante cuando se mira bastante esponjada.

Conida su cintura á término de que la faja ó los cordones que la circundan amenazan dividirla en dos mitades, se contempla bella, y se figura qua es ájil, esbelta y flexible.

Y ahora yo pregunto, ¿quien bajo tan ridiculas formas, pretende encontrar al ser mas hermoso, á la figura mas bella que puede concebir lamente humana!

¿La figura de la muger, desfigurada por la moda es acaso agradable á algun sentido? . . . Y lo que no agrada

da á los sentidos ¿es acaso bello? . . .

¡Comparad una estatua, un cuadro de la antigüedad, cualquiera cosa en fin, que nos muestre una muger despojada de todos estos ridículos adornos modernos, y si solo cenida su cintura con un modesto singulo, un manto, ó un sayal, y me direis, cual es mas bello de los dos cuadros, bajo cual de las dos formas quisierais contemplar á vuestra amada?

Sin embargo, no quiero insistir sobre esto sino bajo el punto de vista que tenga relacion con el amor.

Desde luego mas amariamos si la forma bajo la cual amamos, fuera mas bella que lo que es hoy dia—si la moda que nos desfigura á la muger, no nos la desfigurara tanto.

Pero es que la moda, corrompe, y es en extremo perjudicial.

Corrompe, porque no todas las mugeres estan aniveladas sobre una misma posicion social para atender á tanta complicacion caprichosa como trae consigo la moda moderna.

Mantas riquísimas, finísimos vestidos, gorras, encajes y otras mil dependencias de la corte del lujo, en donde la moda reina; son exigencias que se escapan á las aptitudes del pobre.

En tanto todos somos fanáticos por la moda, y hacemos por escluir del reino de nuestras atenciones á todo el que no se presenta revestido con sus lujosas insignias.

La moda alimentada por el lujo, trae ruinas, pesares, desdichas, hasta crímenes, y todo ¡para que! . . . Para desigualarnos, para matar los verdaderos sentimientos, que muy rara vez concenian con ella, y paradar el trunfo á la ambicion y á la vanidad, que cuando asientan su pie en el jardin social secan y marchitan las plantas del amor, puras y lozanas.

La muger que vive para la moda, tiene demasiado en que pensar para dignarse recojer las miradas que le dirige un corazon tierno.—Y el hombre que en la moda vive, hace gala de desoir aquellos suspiros que brotan de unos labios vírgenes, pero pobres. Hay desigualdad de condiciones, que el amor pudiera igualar sino se interpusiera amenazante la moda; pero antes que obedecer al corazon, al amor, á la ley eterna de la vida, pensamos en obedecer á la sociedad cuando en realidad no obedecemos sino á los vestidos de esta.

¡Que muger empieza á amar al hombre, pero al hombre solo?—muy pocas. ¡Que hombre empieza á amar á la muger, pero á la muger sola?—muy pocos.

Y si amamos, porque es indudable el poder de la belleza que inflama á la pasion ¿pensamos alguna vez en unirnos para gozar de nuestro amor! . . .

Muy raras veces, porque la moda nos mira, el lujo nos arredra, y cuando uno ú otro está colocado en distinta posicion social, ó no puede, ó si puede no quiere compartir su techo dorado con el objeto de su amor.

Teme mas al efecto que causará su amor en el mundo, que á la pérdida de su felicidad,—y esta idea que infiltra insperchiblemente en la mente, se va poco á poco estinguendo á la par que le halaza con la esperanza remota de disfrutar de su pasion por otros medios, que no sean los consagrados por la moral mas pura.

Y por desgracia, estos medios llegan á tener buen éxito, porque la misma muger con dificultad se salva de rendir su tributo á la moda.

Si es el hombre el que está arriba, sus deseos llegan á realizarse ilegítimamente, porque la muger que quizá tiene bastante fuerza sobre sí misma para resistir á las solicitudes del amor, combatida por este, por la moda y por la pobreza, muchas veces tiene que ser vencida.

Cuando la muger está arriba, desprecia al hombre

que le brinda un corazon amante y honrado, y aunque le llegue á amar se cree dispensada de avivar el fuego que arde en su pecho, con las dulzuras del trato y de la comunicacion, solo porque ese hombre no puede llegar á sus puertas ataviado con el oropel de la moda.

Pero en ambos casos el amor pugna ó se aplaca;—si pugna, tiende á igualarse y ya sube hasta el objeto de su amor por la escala de la honradez y del trabajo, conquistándose un porvenir, lo que es raro; ó ya quiere ascender de golpe y entonces es preciso que desoiga la voz de la honradez.

Si se aplaca, es porque algo innoble le combate ó le ha vencido, y con muy raras excepciones, pocas veces llegamos á la felicidad, cuando existen dos hipótesis semejantes.

El remedio, solo puede nacer del amor.

Dad fuerzas á este, robustecedle con sanos principios, haced conocer á la muger y al hombre, que si existen es solo para amarse y engendrar, que es preciso que comuniquen á otros seres la vida que han recibido, y que solo amando pueden conseguirlo;—que para amar, es preciso que vayan paulatinamente perdiendo la aficion por todas esas malezas exóticas que desvirtúan la edifica naturaleza de tan divina planta, y que es un crimen tronchar el amor, y que es una virtud que tiene la felicidad por recompensa el avivarle y fortalecerle.

Nadie duda de esto, y por mas esfuerzos que hagamos, el amor debe regenerar al mundo.

Los casos particulares de que á cada paso tiene la sociedad que hacerse eco, se encargan de demostrar, que la muger y el hombre necesitan libertad para amarse, que si se les encadena, ellos cortan sus grillos, que si se les persigue, ellos aceptan el martirio, pero jamas, jamas se consigue apagar esta llama, cuando el corazon le da su materia, y la libertad el oxígeno de su benéfico aire.

La moda, solo la moda consigue corromper con su lujo venenoso, la pureza de los sentimientos.

Es preciso combatir la moda ridícula y el lujo exajerado, cegar la fuente de la vanidad y admitir un punto medio que pueda servir de equilibrio entre el amor y la industria.

¡Ah! cuan felices fuéramos si viviéramos en los tiempos en que la belleza de las formas que se traslucía al traves de las ondulaciones de una simple manita, embellecía á esta, y no que tenemos que vivir en tiempos en que los vestidos y los adornos tienden á embellecer á la naturaleza, y que lejos de conseguirlo, nos roban la forma de la criatura mas perfecta!

Angel Costa.

REFORMAS

Los Defensores de Pobres—El Rector y el Consejo Universitario.

Vamos á apuntar algunas que sería fácil introducir y que tienen una razon poderosa de ser.

Existe en la Administracion de Justicia un Ministerio público del Crimen, cuyas funciones son en sentido inverso las mismas que las de los Defensores de pobres en lo criminal.

Por supuesto que el funcionario que desempeña aquel ministerio, tiene su sueldo pagado por la Nacion, pero no así este, y la razon de la diferencia no se alcanza, y esa diferencia hace que no exista para la defensa

de los reos, ni el celo ni la contraccion que para la denuncia y acusacion de los delitos.

Esto es así, por mas que parezca y en teoria se crea que interesados todos los sentimientos generosos del abogado á quien se confia este noble ministerio, no es de temerse ni la apatía ni el abandono. sino que por el contrario, desde que cuanto mas se dignifica tan augusto sacerdocio por la ausencia de todo precio á su trabajo, mas consagracion y entusiasmo debe encontrarse en esos hombres al cumplimiento de su tarea.

Pero la verdad es que no puede exigirse de los hombres un sacrificio que destruya el principio aquel de que la caridad bien entendida debe empezar por sí mismo, lo que se verificaria en el abogado que desempeñase ese ministerio con el celo y contraccion que es debido.

Las funciones de ese ministerio por sí solas absorverian absolutamente su tiempo y es bien sabido que no son muy generales en nuestro pais esas grandes fortunas que permiten vivir esclusivamente de rentas, ni los abogados por lo general son los mas favorecidos por ellas.

De estas premisas resulta que los defensores de pobres toman el cargo como una ocupacion accidental y lo desempeñan con ligereza y sin penetrarse de la gravedad é importancia de sus funciones.

Contado es el vee qñ tiene la fortuna de ver la cara á su defensor y de escuchar su palabra, ese gran consuelo de los desgraciados, de lo que por otra parte resulta que los defensores tampoco pueden inspirarse para la defensa en la viveza que el amor de la vida imprime á las narraciones del reo, en la compasion que inspira su dolor, su arrepentimiento, su juventud, ó mil otras circunstancias que tocan las fibras mas delicadas del corazón.

Tambien es muy raro ver que el defensor acompañe en el juicio público á su defendido y que pronuncie uno de esos *informes in voce* que preparados con talento y dichos con maestria tanto predispondrian el ánimo de los jurados y aun le arrebatarian en muchas ocasiones, porque los jurados son legos y juzgan mas por las impresiones del momento que por las reminiscencias del proceso que acaso no han comprendido.—¡Y que cruel es dejar abandonado á sí mismo á un desgraciado en aquel angustioso momento!—que crueldad no hay en negarle el consuelo de una voz amiga! El abogado al lado del reo en ese momento, cumple la doble augusta mision del médico y del sacerdote—le defiende con los recursos de la ciencia, y si estos son ineficaces, le consuela con sus reflexiones filosóficas, con sus exhortaciones religiosas, porque el abogado no debe ser solo el sacerdote de la ley sino tambien el apóstol de todas las grandes verdades, de todas las enseñanzas morales, pues la filosofia y la religion deben llenar el vacio que la pequenez y la falibilidad humana han dejado en la legislacion y en la administracion de la justicia.

¡Que severo reproche no ha hecho la historia con tanta justicia á los célebres abogados de Luis XVI porque hablaron el lenguaje del foro en vez de hablar el lenguaje de la revolucion, de la filosofia y la religion, porque invocaron la ley escrita por los humanos en vez de la ley de Dios, la justicia humana en vez de la eterna; porque volvieron los ojos al trono de los reyes en vez de elevarla al trono del Altísimo!!

Pues bien, todo esto que pasa entre nosotros, es resultado de una mezquindad, de una economia que nada supone al Estado, ó de una equivocada apreciacion sobre las cosas reales del mundo.

Cuanto no ganaria la Administracion de Justicia con tener un Ministerio público, pagado por la Nacion, para la defensa de los pobres en lo criminal—¿cuanto no ga-

narian esos infelices que acaso un extravío ó un resabio de la mala vida y peores hábitos pasados, trae á la cárcel á esterilizar su juventud y á pervertir su corazón, mientras un rayo de luz ilumina su inocencia ó culpabilidad!

Y todavia para hacer mas grave este mal vino la moderna ley de Guardia Nacional, esa ley absurda bajo todos conceptos, á quitar al defensor de pobres la única ventaja que gozaba—la esencion del servicio activo de armas—vease si esa ley es efectivamente absurda—á la vez que obliga al servicio de las armas á los defensores de pobres, exceptúa á los Catedráticos q gozan sueldo, sin que por eso exima á los estudiantes.—Ni de propósito se habria imaginado un desórden y contradicciones iguales. Pero no es esta vez nuestro ánimo ocuparnos de la ley de Guardia Nacional—quede para otra ocasion.

En el caso de los Defensores está el Rector de la Universidad—y esto lo decimos en momentos en que ese puesto está desempeñado por quien roba los instantes posibles á las premiosas ocupaciones de su profesion, y si mas no hace en el sentido de su mejoramiento, se debe á la apatía y al abandono de los miembros del Consejo, cuya accion no se hace ya sentir sino cuando los intereses particulares se agitan para alcanzar alguna gracia, violando su constitucion y sus reglamentos.

Pero no por eso es menos cierto que desde que el Rectorado no sea un cargo á qué el elegido consagre todo su tiempo y todas sus facultades, para lo que es necesario una dotacion correspondiente á la importancia y representacion de la persona, no es posible esperar ni la regularizacion, ni el órden, ni el mejoramiento de los estudios universitarios, sino que marchará la Universidad como hasta aquí á la ventura, sin una vigilancia y fiscalizacion severas, y lo que es peor, sin la esperanza ni la posibilidad de alcanzar ninguna de las reformas y mejoras tan urgentemente reclamadas.—porque es el abogado ó el médico que necesita de su trabajo diario para vivir, al que puede y debe regentearla, ¿y cómo puede preocuparse de aquellas cosas el que tiene consagradas sus facultades á objetos tan premiosos y positivos!

¿Como andaria el Estado si los Ministros, el Colector, el Contador, etc. desempeñasen gratuitamente sus empleos, y pasasen el abogado ó el médico ministro la mayor parte de las horas del dia en su estudio ó en sus visitas.—si el comerciante Colector ó Contador regentase su respectiva reparticion desde el escritorio de su casa de comercio!?

Agréguese á esto lo que ya hemos apuntado respecto al Consejo Universitario, ese cuerpo reducido á la inaccion por la indolencia y por el abandono de la mayor parte de sus miembros, que como ya hemos dicho, no concurren al llamado del Rector, sino cuando se trata de conceder gracias á este ó aquel individuo, y meditate sobre la gravedad del mal que denunciamos.

Creemos llegado el caso de que esto que pasa con el Consejo Universitario preocupe la atencion del Superior Gobierno á quien corresponde el patronato de la Universidad, y que ya sea partiendo la iniciativa del Rector ó del Gobierno mismo, se tome alguna medida que estimule á obligue á los miembros del Consejo á asumir otra actitud ó á abandonar el puesto á otros que tengan la decision de cooperar mas eficazmente á los fines de su institucion.

No nos abandonemos, por Dios, que la indolencia y la indiferencia son la gangrena que devora las entrañas de nuestra jóven sociedad.

El suceso que preocupa la atención pública.

La circunstancia de salir nuestro periódico semanalmente hace que muchas veces nos abstengamos de emitir opinión sobre cosas cuya oportunidad ha pasado y sobre las cuales se ha dicho ya cuanto podría ilustrar la opinión.

Sin embargo el que en estos momentos preocupó los ánimos es de tal manera grave y de palpitante interés que si guardar silencio temeríamos ser nos tachase de indiferentes ó timoratos.

No nos hallamos bajo la influencia de uno ni otro sentimiento, por eso vamos á abordar la cuestion y á emitir con franqueza nuestra opinion.

En primer lugar empezaremos declarando que no pertenecemos á asociacion alguna, porque apreciamos demasiado nuestra libertad para sacrificarla á otros juramentos ni á otros compromisos que los que hemos contraido en las fuentes del bautismo y la confirmacion y en el altar de la Patria, y eso porque es necesario amar y venerar á un Dios, amar y consagrar la vida á la tierra en que alcanzamos el primer rayo de luz, á la sociedad á que vinculamos nuestra existencia.

No tenemos torpas ni vulgares prevenciones, ni contra los masones, ni contra los Vicéfinos, ni aun contra los Jesuitas;—pero ni tampoco entusiasmo ni fanatismo por ninguna de esas ordenes ó instituciones.

Para nosotros esas ordenes ó instituciones nada representan fuera del radio de su accion, fuera del circulo de sus conferencias ó sesiones.

A todas desconocemos el derecho de preocupar la atención del país con sus disidencias, de agitarlo con sus discusiones, y menos de encarnar una cuestion de humanidad, de alta moral, de verdad cristiana, en la bandera de la Masonería de una parte, en el estandarte del Jesuitismo de la otra.

Por ser así, la pasion, la exaltacion, el delirio, se apodera de los partidarios de una y otra opinion; por eso allí donde no debia haber mas que la alta reprobacion del atentado cometido por el Cura de San José y probado por la autoridad superior eclesiástica, se descubre una bandera que se tenia preparada para lanzar á la lucha de una propaganda que puede ser la mas justa, la mas moral, la mas santa, pero que no tiene significacion levantada en brazos de una asociacion que nada significa ni para el Estado ni para la sociedad.

Por eso tambien allí donde no debia verse otra cosa que la reprobacion del acto inquisitorial, practicado por la autoridad eclesiástica, se quiere ver un ultraje á la santidad de la Religion porque la cuestion se encarna en los masones y en los jesuitas, y los jesuitas siempre vieron en la exaltacion de su fanatismo, herejes é impíos en los Masones, y los Masones en los jesuitas, fanáticos, hipó ritas y cuanto puede imaginarse de mas odioso y perverso en la especie humana.

Atrás los masones y los Jesuitas,—que en esta cuestion no tienen ni representacion ni mision,—y con toda la tranquilidad que sea posible conservar en el espíritu ante la enormidad del atentado que nos ocupa, digamos cuatro palabras como ciudadanos, como cristianos, como católicos, como miembros de la familia humana.

¿Porqué no se dió sepultura en San José al cadáver del Dr. D. Enrique Jacobson?

Ese cuerpo era el cadáver de un católico—quien diga lo contrario, no dice la verdad—porque si el Doctor Jacobson no lo habia sido antes, lo era de el momento en que próximo á entregar su alma á Dios buscaba el amparo de un sacerdote católico y los consuelos de nuestra Santa Religion.

¿Quién daba á ese sacerdote el derecho de cebar su torpeza contra la Masonería en los últimos instantes de un moribundo?

Ese sacerdote tuvo la doble impudencia de levantar una bandera profana en nombre de la mas santa religion, y de encerrarla sobre la tumba de un católico.

Pero no levantemos otra bandera profana sobre esa misma tumba!

No tretemos la bandera de la Masonería, ni ataquemos al clero ni á los Jesuitas.

Protestemos si, en nombre de la Religion ultrajada, de la moral escarnecida, de la piedad y la misericordia, contra ese hecho que amenaza á cada familia de un conflicto, porque todos lo saben, no hay una sola familia en Montevideo que no cuente

entre sus miembros un Mason, y estamos de hoy mas espuestos á ver que se niega sepultura á un padre, á un hermano ó á un amigo.

Si eso se consumase, habríamos perdido mas que la Patria,—no tendríamos derecho á un puñado de tierra para arrojar sobre los restos amados de aquellos á quienes debimos ó dimos la existencia.

Si hay uno solo que no tiembla ante esta sola reflexion,—que no sienta helarse su sangre, al pensar que ese miembro de su familia, que puede ser un padre ó un hijo, no tendrá ya los consuelos de la Religion, ni la tierra sagrada en que reposar sus huesos, en que guardar sus cenizas del vendabal que las traerá un día á su mesa ó á su lecho, ese no tiene de ser humano mas que la forma, ese no siente un latido de amor en su corazon.

La religion no puede autorizar esa impiedad. Si hay cánones que así lo manden, ellos no pueden obedecerse porque sobre la ley de los concilios, sobre la ley humana, está esa ley de Dios—esa q' está gravada aun en los corazones de los gentiles y de las fieras, en que nos impule con un amor irresistible hacia otros seres por cuyas venas corre nuestra misma sangre, esa que hiela nuestro corazon, ante una tumba, acalla los odios y los rencores y emudece nuestro labio dando solo lugar á la mas santa veneracion y al mas piadoso respeto.

¿Desconoceremos esas verdades en el siglo XIX cuando tan bien se alcanzaban ya en el siglo de D. Alfonso el Sabio?

La exhumacion de un cadáver!

Ezhumar un cadáver es la cosa mas simple é inocente del mundo si no nos penetramos de aquellas verdades, ¿qué interés de la sociedad se hiere, que vinculo se relaja—pues bien, D. Alfonso el Sabio impuso la pena de muerte al que tal hecho practicase.

Es que la exhumacion de un cadáver es la profanacion mas impia; es q' la muerte es un misterio que se reviste del prestigio de la divinidad para los que creemos con fé sincera en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma—es que desde que un soplo de vida deja de animar nuestro cuerpo, ese cuerpo y esos despojos como el alma que de ellos se desprende se halla bajo el imperio de Dios.

No lleguemos hasta allí sinó para doblar la rodilla y orar, sinó queremos cometer la mas sublevante impiedad.

José P. Ramirez D.

POEMA.

LA YUCA GLORIOSA.

(Continuacion—Véase el núm. 7.)

Ya el nudo misterioso de incomprendible arecano
Conque ocultaba el cielo la América en prision,
Se desató, y las puertas del orbe Americano
Crujieron al empuje del golpe sobrehumano
Con que á otro mundo abriólas el génio de Colon.

Entre la noble raza de tanta gente estraña,
Que atravesando mares la América invadió;
Tambien habia grandes y títulos de España
Que incógnitos corrian buscando alguna baxana
Con que aumentar el lustre, que la fortuna dió.

Pedro Fernandez era muy noble y caballero,
De religion cristiana osado el adalid;
La ancha cruz en el pecho sobre bruno acero
Con lealtad guardaba un corazon guerrero
Que por la fé y la patria palpitara en la lid.

En rozagante potro el campo atravesando,
Huir en el combate nadie á Fernandez vió;
Que él goza en el peligro, y el enemigo bando
Conoce bien su cara, y aunque tenaz luchando
En sangre del vecuido sus armas no manchó.

Por eso es que sabiendo, que mas allá los mares
Había nuevas tierras do su valor mostrar,
Abandonando títulos, grandezas y los lares
Se lanza al nuevo mundo para correr azares
Y el estandarte Ibérico triunfante tremolar.

Misterios ¡ay! del alma, que el Hacedor fecundo
Que á los ástros dirige, que al Sol hace girar,
Solamente conoce; y apenas en el mundo
Tristes gusanos somos, que su saber profundo,
Y sus designios altos debemos respetar.

Dos almas separadas por una gran distancia,
De educacion distinta por ley y religion;
Se atraen y simpatizan, deponen su arrogancia,
Y se aman con locura, como si de la infancia
Se hubieran siempre amado con élica pasión.

Así Yuca y Fernandez al punto se comprenden,
Que bella era la jóven y bravo era el doncel,
De fuego sus miradas allí la llama encienden
Y de sus puros lábios las frases se desprenden
En que suspira ella y la requiebra él.

Y Fernandez al lado de su amada
Su esquiya mano con placer tomó,
Y de hinojos con voz apasionada
A Yuca hermosa de este modo habló:

Escucha de mis lábios un suspiro
Escucha ¡oh niña hermosa á quien adoro,
Tú, de amor la vision que en sueños miro,
Arcángel celestial por quien deliro,
Y que inspiras de amor el tierno lloro:

De viva juventud mi fantasia
Adornó en mis ensueños de ventura
Una imágen feliz que el alma mia
Amaba con dichosa simpatía,
Fascinada de angélica hermosura.

No mas grata distingue la paloma
La blanca compañera que buscaba,
Ni alegre mariposa el dulce aroma
Aspira de la rosa que se asoma
Entre el verde que ufana registraba.

Así al contemplar tu faz hermosa
Por sublime expresion divinizada,
Mi alma en tu mirada candorosa
Conoció aquella imágen misteriosa
Que nació para amarla destinada:

La calma el corazon perdió al instante,
Tú sola eres mi mundo y mi ventura,
Ansioso ahora en mi delirio amante
Merecer quiero tu beldad radiante
E iré tras de la gloria con locura.

Podré á Dios el sello luminoso
Que en la frente distingue al heroe osado
Y demente figúrome gozoso.
Una corona de laurel glorioso
Para echarla á tus plantas humillado.

Esa luz de tus ojos misteriosa.
Brille feliz en mi convulsa mente
Y tu voz argentina y deliciosa
Cual del Cielo armonía melodiosa.

Resuena en mis oídos dulcemente.

Eres tu la que inspiras la ternura.
Al joven apasionado corazon
Por tí tiene ilusiones de ventura,
Y canta solitario tu hermosura,
Con lagrimas de amor entusiasmado.

Aparta contestó Yuca asombrada,
¿Sabes Fernandez que al amarme así
De Dios provocas la justicia airada
Con que tengo mi vida amenazada
Si quiero á alguno como quiero á tí?

Una historia es muy tris y pesadosa,
Es un sueño de un vértigo traidor,
Yo siempre la recuerdo temerosa,
Pues veo una venganza misteriosa,
Que augura un porvenir aterrador.

¡Ay! yo sé dijo Yuca que perdido
El rico imperio ds mi padre está
Así el Cielo justo lo ha querido
Y este destino ¡quien torcer podrá!

Ya por los sínos de estrellado cielo,
Ya en el Sol que el eclipse hace ocultar
Lo vaticina con ardiente anbelo
El sacerdote en el sagrado altar;

Y siempre sí, horóscopo nefando
Con siniestros anuncios encontré,
Siempre ¡ay! las estrellas combinando
Fatídico trastorno resultó.

Un dia fatal, mi padre persiguiendo
Iba á una fiera, con doblado ardor,
Y en el monte la tierra removiendo
Se encontraba un humilde labrador;

La soberana voz quizá no oyendo,
El desdichado indio no atendió
A mi padre; y la fiera escapó huyendo
Porque el pobre infeliz no la atajó:

Entonces ¡ah! mi padre arrebatado
Ciego en ira la maza levantó
Y con golpe violento y acertado
Al pobre labrador asesinó.

Siempre el Sol ese dia tenebroso
Tiende en su ocaso funeral orespón,
Siempre ese dia el astro luminoso
Con rojo tinte aflije el corazon.

Yo corrí al templo y con humilde ruego
A Dios sumisa le imploré perdon:
Yo muchos años el sagrado fuego
Mantuve en el altar con devocion.

Juré á Dios si á mi padre perdonaba
Separarme del mundo terrenal,
Consagrarme á su culto y le juraba
No amar nunca jamás ningun mortal.

Y si este juramento quebrantase
Todo el peso de la ira celestial
Sobre mí solamente descargase,
No causando al imperio ningun mal.

He ahí mi destino desgraciado
 Con que tú quieres á tu suerte unir;
 De este voto que ves ya quebrantado
 Tendrás tambien la pena que sufrir.

Quizá un día los cielos castigando
 Nuestro amor con acerva crueldad,
 Miro en tí la desgracia soportando
 Que tan solo merece mi impiedad!

Oyóla absorto Fernandez
 Y contestando á su amada
 Le dijo con voz cortada,
 —No tengas mi bien temor:
 El Dios santo que adoramos
 Benéfico y bondadoso
 Siempre el perdon generoso
 Le concede al pecador.

En esta vida de afanes
 No está el premio merecido
 Que la virtud ha sabido
 Con su constancia adquirir;
 Un día que por tu frente
 Corra el agua del bautismo
 Gala harás conmigo mismo
 De padecer y sufrir:

Porque en otra vida hermosa
 De pesares siempre exenta
 Dios al ánima contenta
 Con justicia premiará
 Así para las mortales
 Que aquí abajo hemos sufrido
 En el reino bendecido
 La recompensa vendrá.

El imperio de tu padre
 Si cayese anodonado
 Será por que destinado
 El cielo lo tendrá así.
 Y entonces pobres humanos
 No podremos orgullosos
 Los designios misteriosos
 De Dios contrair aquí.

(Continuará)

MOSAICO.

Viage al otro mundo.

Aborrido de la vida, y sobre todo, de ser *aguila*,—(como diría mi amigo el Redactor del *Pueblo*;) me levanté sin ceremonias la tapa de los sesos el Martes á la noche.

Siempre fui un estúpido, lo confieso sin rubor; pero despues de haber reflexionado maduramente sobre la resolucion que iba á tomar; y en el momento supremo de dirigirme al otro mundo, creí de buena fé que al fin habia hallado el remedio infalible para los males que me persiguieron tenazmente durante mi pasaje por la vida. ¡Bárbaro! cien veces bárbaro!

La pistola estaba ya apoyada sobre mi frente, tiré del gatillo, se incendió la pólvora, y héteme en viage á ese país desconocido, cuyas puertas son el sepulcro. En verdad que al principio sentí un *no sé qué* parecido á

miedo, al hallarme viajando por el aire, sin pasaporte, impulsado por una fuerza extraña y sin un plano del largo trayecto que iba á recorrer. Pero cobré ánimo, y recordando cuanto habia sufrido entre los hombres, seguí mi marcha á paso redoblado, ni mas ni menos que cuando era Guardia Nacional, hasta que logré asirme á la cauda de un cometa que ejecutaba su movimiento con una velocidad parecida á la de los serenos, cuando el sonido del pito les advierte que se quema una casa ó que un hijo de Caco aljera los bolsillos de algun prójimo.—Me senté en la cauda del cometa, ó mas bien dicho me aferré á ella con uñas y dientes, muy contento de haber interpuesto entre mis acreedores y yo una distancia tan inmensa.

¡Oh fortuna! exclamé:—he aquí un país delicioso.—So come y se bebe *gratis*, es decir,—se vive como el camaleon, sin comer y sin beber:—se viaja *gratis*, en un vehículo fantástico, colosal, á razon de cien millas por minuto:—y en fin, no se necesitan ni zapateros, ni sastres; ni peluqueros, ni médicos, ni boticarios, porque se carece de esa incómoda é inútil corteza que se llama cuerpo.

Al llegar aquí, me asaltó una duda: ¿que habrán hecho los hombres con mi cuerpo putrefacto ya! . . . ¿que medidas se habrán tomado con un cadáver que se halla tendido en una miserable cama, despojado de algo que se pudiera costear los gastos, y despidiendo un olor semejante al que exhalan los canos maestros! . . . La duda, la duda es una cosa terrible, y la curiosidad es una especie de mosquito que no retira su aguijon mientras no está satisfecho.

Dirijí mis ojos hácia la tierra, es decir,—mi espíritu, porque el único ojo que tenia, habia quedado *allá* con las demas piezas de mi armazon de hombre.

Mi pobre ex-figura marchaba lentamente conducida en un carro arrastrado por un par de mulas mas flacas q' mis bolsillos:—llegó felizmente á las puertas del Cementerio,—el establecimiento mas útil y democrático que conocí en mi vida.

Bien hice en morir, me dije lleno de gozo,—porque muriendo he hallado el reposo y he arreglado cuentas con todos mis acreedores, sin necesidad de los Jueces de Paz.—¡Oh muerte benéfica! . . . muy tonto es el que se atemoriza de tu poco simpático semblante y muy insensato el que no conoce y aprecia los beneficios que esparcen en la tierra los golpes de tu guadaña.—Ah! . . . por fin he conseguido confundirme en este lúgubre recinto con los orgullosos y egoístas que tantas veces me miraron con desprecio. . . .

Y una sonrisa de satisfacción se dibujó en mis labios, es decir,—mi espíritu se sonrió,—porque mis labios iban tambien en el carro.

Durante estas reflexiones, el vehículo habia llegado á su destino y el conductor se preparaba ya á dejar su carga, cuando se presentó el encargado del Cementerio; y exhibiendo un papel, le dijo con voz solemne: "el cementerio está en entredicho; tengo órden del Vicario " de no sepultar niugun cadáver, mientras no se exhume " el del *extranjero* Jacobson."

Francamente, tuve intenciones de abogar en favor de mi ex-figura, haciendo notar que ella era *nacional*, nacida, creada y muerta en Montevideo, y que por lo tanto tenia derecho á reanirse con las de sus antecesores y compatriotas. ¡Que tanto fué! creía de buena fé que el obstáculo era la *nacionalidad*! Ignoraba que atravesaba la humanidad un siglo de laes é ilustracion en que es permitido á los que predicán la religion cristiana negar á un cadáver lo que no se niega entre los bárbaros del Chaco ó de la Pampa,—la sepultura,—aun cuando sea por *higiene*!

¡Cuanto, cuanto me pesó el haberme muerto sin informarme minuciosamente de esa ley monstruosa dictada contra la razón y contra todo sentimiento de humanidad, nada menos que por un ministro de *Aquel* que murió en la cruz por los hombres! . . . ¡Pobre de mi cuerpo! . . . y sin embargo, recordaba que una de las obras de misericordia de esa tierra que he abandonado, era *enterrar los muertos*.

En fin; el carro regresó con su carga que despedín una fetidez insoportable ¡Donde irá! . . . ¡A la Policía! . . . No, nó . . . ¡iba á la muralla! adonde se arrojan las basuras! . . . mi cadáver iba á dormir el sueño eterno junto quizá con el de un perro ó un gato,—porque así lo quería un ministro de ese Dios de paz y de bondad cuyos hijos son todos los hombres, oponiéndose á que se le rindiera el último tributo, mientras no escarbára la tierra cual si fuera un chacal y arrancára de su seno al objeto de su saña,—el cadáver de otro hombre!!

Entonces volví á comprender que había agregado una barbaridad al catálogo de mis barbaridades, pegándome un pistoletazo.—Al menos elegí una pésima oportunidad.

Felizmente, no arrojaron mi ex-figura á la basura, porque el Gobierno y la J. E. (á quienes estoy grato) la admitieron en el Cementerio, haciendo entender muy políticamente al Sr. Vicario, que el Cementerio es una propiedad que adquieren todos los que como yo, tienen la dicha ó la desgracia de pasar á la eternidad.

Adios mundo; sigo mi aéreo viage; estoy cansado y tengo un hambre de todos los diablos

D. De-M.

SOLICITUD A LA ASAMBLEA.

Publicamos á continuación la que Dalmiro Costa ha elevado para que se le asigne una pensión para pasar á Europa á estudiar. Nos ocuparemos de él en el próximo número.

Honorables Sres. Representantes de la Nación:

Dalmiro Costa, ciudadano natural de este Estado, ante Vuestra Honorabilidad comparezco y respetuosamente espongo:—que de la ilustración y magnanimidad de mi Patria, de que vosotros sois los legítimos representantes, espero el único medio que alcanzo de dar cima á la noble ambición que alimenta mi vida desde mis más tiernos años.

Pero hay mas, Honorables Representantes, esa ambición de toda mi vida, es la misma alhagüena esperanza que mis compatriotas en su entusiasmo y benevolencia han acariciado á la par que mi ambición crecía, y negándome la gracia que vengo á solicitar, no tengo embarazo en decirlo, no solo defraudais aquella ambición mia, sino tambien una esperanza de mis compatriotas.

Yo y la Nación, Honorables Representantes, tenemos un compromiso con la Nación misma, que debemos cumplir, yo el de corresponder á esas esperanzas que miraron mi niñez y alhagaron mi adolescencia,—la Nación el de suministrarme los medios de alcanzar la aureola de esa gloria que mis compatriotas han soñado para mí y comprendido que en tal caso se cumpliría mas que sobre mis sienes, sobre las de la Nación entera cuando se han acostumbrado á mirarme como algo que les pertenece, por vínculos mas íntimos y mas estrechos que los de la Patria comun.

Hasta hoy cada dia de mi vida ha defraudado una esperanza, lo confieso; pero seme hará sin duda la justi-

cia de pensar que ello no refluye contra la contracción y el anhelo de saber que me devora.

¡Quien ignora que en nuestros países no hay ni maestros, ni modelos, ni estímulos, pero lo que es mas, ni teatros para ensayar las fuerzas, ni ese aire modificado por las influencias de la sublimidad del arte en que solo puede expandirse el alma del artista y solo puede sostener las alas del que se lanza á las ignotas regiones de la creación y la invención.

Solo la Europa, lo sabeis, Honorables Representantes, ofrece esos maestros, esos modelos, ese teatro, esa atmósfera; y es que me faciliteis los recursos necesarios para pasar á ella por algunos años la gracia que vengo á solicitar de V. H.

No es una ciencia lo que voy á estudiar III. RR., sino un arte, pero las bellas artes, tambien lo sabeis, son un medio poderosísimo de progreso por lo que es el encañamiento de todas las bellezas y tal la relacion de lo bello, lo justo y la virtud, que la estética nos esplica y demuestra con una exactitud matemática, con un prestigio singular, que cultivar una sola belleza es cultivar el espíritu, es ilustrar la razón, es educar el corazón.

Yo, III. RR., me someto á cuantas condiciones queráis imponerme para garantizar el aprovechamiento de la pequeña suma que el Estado distraerá para mi educación; yo me someto á la vigilancia que se encuentre conveniente, y me presto desde ya á regentear una cátedra sin retribución á mi regreso por el número de años que juzgueis equitativo.

Yo me someto á todo con tal que me deis los medios de apagar esta sed de ciencia y gloria que me devora, y es por ello que terminando por no molestar mas vuestra atención—

A V. H. suplico quiera acordarme una pensión para pasar á Europa á perfeccionar mis estudios en el piano y estudiar composición—todo bajo las condiciones que V. H. se digne determinar. Es justicia y merced que reverentemente imploro.

Dalmiro Costa.

Preocidad.

Los versos que publicamos á continuación pertenecen á un niño de doce años, como lo indica la nota puesta por él mismo al pie de su firma.—Júzgueselos sin olvidar esa circunstancia, y se reconocerá en el jovencito Castellano mucha precoçidad.

Hay algo sin embargo mas notable que esa precoçidad, y es la facilidad con que versifica.

El podría hacer á niños de su edad la apuesta que el popular poeta argentino Mármol hacia á sus amigos en sus dias de ilusiones, rimando algunos cuadernillos de papel por dia.

Mármol escribía con una lijereza extraordinaria, y prevalido de esta ventaja apostaba á cualquiera de sus amigos á quien iba mas veioz sobre cualquier tema, él escribiendo en verso y su adversario en prosa.—Perdió alguna vez, pero ello fué cuando encontró alguno mas hábil y lijero en trazar garabatos ó geroglíficos, porque eso sí, difícilmente se entendía lo que ellos escribían.

Bien puede servir de estímulo y de bastante aplauso al niño Castellano, que hayamos traído á colación al mas popular de los poetas argentinos, al ocuparnos de los versos que tenemos el gusto de publicar en las columnas de nuestro periódico.

Le estimulamos á que estudie, que por sobresalga—

tes que sean sus aptitudes, no de otro modo alcanzará el puesto á que parece destinado.

A Mendoza.

Dedicado á la Señorita Carlina Garcia.

Unos versos me pides niña hermosa,
Y quisiera un raudal de poesía
Para ofrecerte, purpurina rosa
Blanca paloma de la patria mia.

¡Que te pue'de ofrecer! oh Carlina,
Un débil niño como yo lo soy!
Pero al mirarte hermosa clavelina
¡Ay! yo me inspiro y entusiasmado estoy.

Ese tema tan triste y horroroso
Que tú me has dado, el ánimo me quita
Mas de Mendoza el sin igual destroz
El entusiasmo, á mi pesar me incita.

Conozco que elevar tan alto canto
Digno es de Victor Hugo ó Lamartine
Mas yo así mismo, triste lo levanto
Por que talvez su antorcha me ilumine.

¡No mirais ese llano, esos escombros!
Testigos son de estrago sin igual
De una ciudad que se elevaba en hombros
De un volcan que ahora acaba de estallar.

Un terremoto destruyó á Mendoza;
Esa que fué ciudad, ya se acabó
La misma suerte á Itálica famosa.
La voluntad de Dios le deparó

La poderosa mano del destino
Donó, á Mendoza inmarcesible gloria.
Despues en la mitad de su camino
Le dijo: "pueblo terminó tu historia."

Si alguna vez yo piso sus escombros
No olvidaré que allí Mendoza fué
Y diré al que la mire con asombro,
Que un testimonio de su amor la dé

Alfredo Castellanos (12 años)

Charadas

Quien hace *uno y tres* dejar
Pretende algo dividido,
Y en figurado sentido
Murmura de los demas.
Con mi *tres y dos* se juega,
Se visten con *dos y tres*,
Y mi todo siempre ves
Que como adorno se lleva.

Que mas, amigo le dá
Las *tres y dos*, le dijeron
Ciertas *uno y dos* que vieron
A *cuatro y tres* por correr.
Si á comer es donde vá
Llámesse á un bachiha *todo*
Y *dos y tres* de ese modo
Pronto el hambre ha de perder.

Si compro con *dos* y prima
Dos y tres y la presento
A algun viejo descontento
Que *dos y tres* al tomar.
Me manda medio sopapo
Y la mollera me parte,
Cualquiera con maña y arte
Aquí el todo ha de encontrar.

A LOLITA.

Perdon Lolita, si el fuego herótico
Que por mis venas siento serpear,
Hace que horrizono mi canto exótico
Mas dulces horas vaya á turbar;

Pero en mi pecho fuego tan hórrido
Tus dos centellas han hecho arder,
Que no es posible ya medio estólido
El ocultarle sin fenecer.

No es fuego fátuo mi amor frenético
Que es mas intenso que el de un volcan.
Y hará si sigue que muera de héctico
O de hidrofobia como un vil can.

Yo poco cálido, fui siempre apático
Con las mugeres en el amor,
Pues por costumbre ceremoniático
Me horrozaba tan bruto ardor:

Mas tu hermosura, ¡muger volcanica!
Como el relámpago me deslumbró,
Y en el instante pasión tiránica
Todos mis hábitos acogotó.

Y amor tan rápido como dramático
Hará que un bátrato se abra á mis pies,
Si el hado infausto me hace antipático
A la que es brújula de mi esquivéz.

Oye pues niña, mi amor beatífico
Que es puro y santo como el de Dios,
Si el desprecies el don magnífico
Que á son metálico te hace mi voz.

Di que consentes y en lazo armónico
Por siempre un padre nos unirá,
Y en mi existencia serás el tónico
Que mis desdichas disminuirá.

Serás la rosa pura y cerámica
En cuyo aroma ponga mi ser,
Y yo la espina seré que gáfica
De los extraños te haga temer.

Serás el ástro de luz magnética
Que en los espacios creará el Señor,
Y yo la nube de sombra tétrica
Que lucir haga mas tu fulgor.

Serás la risa, yo el llanto frígido,
Tú la alegría, yo el cruel dolor,
Y en pago solo de amor tan rijido
Miradas lúcidas darás de amor.

Oye pues niña, mi amor dramático
Que hará que un bátrato se abra á mis pies,
Si el hado infausto me hace antipático
A la que es brújula de mi esquivéz.